

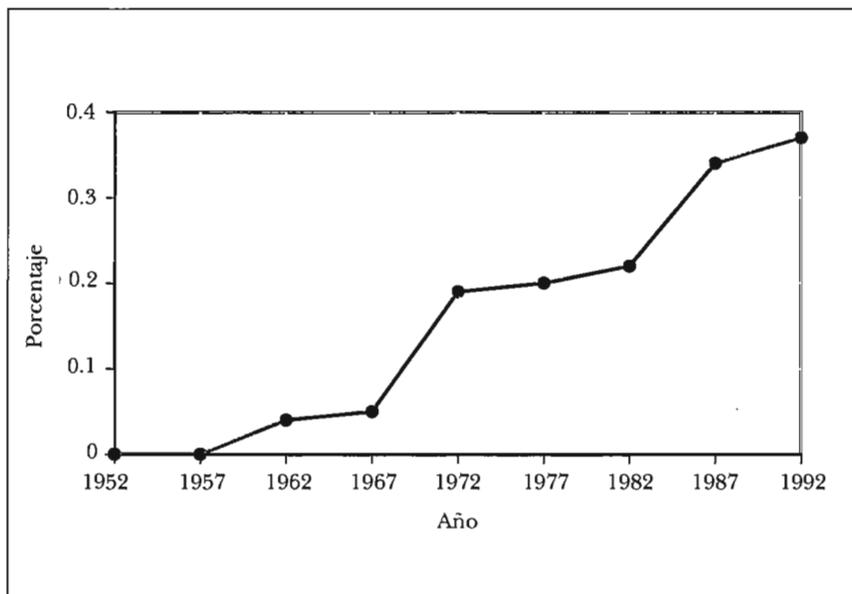
LA POLÍTICA EXPLICADA POR LA TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL. ¿POR QUÉ ES TAN POCO LO QUE ESTA TEORÍA NOS HA ENSEÑADO?

DONALD P. GREEN Y IAN SHAPIRO

I. INTRODUCCIÓN

A PARTIR DE LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO de Kenneth Arrow, *Social Choice and Individual Values*, en 1951, el campo de las ciencias políticas ha visto una verdadera proliferación de estudios basados en la teoría de la elección racional. En la década de los cincuenta y principios de los sesenta, esta teoría era considerada poco más que una hechura casera, dentro de una disciplina de las ciencias políticas en la que prevalecían diversas formas de análisis conductual e institucional. Hoy en día, sin embargo, la teoría de la elección racional se ha despojado por completo de ese halo de esoterismo que rodeaba sus primeras publicaciones y sus destinatarios. Ahora cuenta con representantes distinguidos en las principales revistas y conferencias sobre la disciplina y sus exponentes son sumamente solicitados por los más importantes centros estadounidenses de ciencias políticas. Asimismo, el enfoque de la elección racional trascendió el ámbito de la teoría política y de la política estadounidense, al abarcar, en un primer momento, el estudio de las relaciones internacionales y, en fecha más reciente, la política comparada. En efecto, casi no hay campo de las ciencias políticas que no haya recibido su influencia. Como lo ilustra la gráfica 1, por intervalos de cinco años, el número de artículos sobre elección racional que ha publicado la *American Political Science Review* desde 1952 da testimonio de la creciente

GRÁFICA 1
Porcentaje de artículos sobre "Elección racional" publicados en el *American Political Science Review*, entre 1952 y 1992



influencia de esta teoría. Si bien en 1952 era invisible, casi 40 años más tarde la elección racional fue el tema de entre 15 y 41 de los artículos publicados por la principal revista de la disciplina.

Los teóricos contemporáneos de la elección racional no son los primeros en tratar de explicar lo que ocurre en la política a partir del supuesto de que tanto los electores como los políticos son maximizadores racionales del interés o de la utilidad. Pero lo que distingue al enfoque contemporáneo de la elección racional de las teorías informales o impresionistas que le antecedieron es la forma sistemática en que se deducen las propuestas relativas a los microfundamentos de la conducta política. Para explicar los hechos políticos, los teóricos de la elección racional recurren a una exposición deductiva de los incentivos, obstáculos y cálculos a los que se enfrentan los individuos. El estudio sistemático de la conducta estratégica de los individuos ha llevado a los teóricos de la elección racional a analizar bajo una nueva luz las preguntas tradicionales sobre las ciencias políticas y a interrogarse sobre aspectos nunca antes considerados en torno a la naturaleza del fenómeno político.

Para muchos, esta transformación en el estudio de la política constituye un triunfo. Tal es el caso, por ejemplo, de William Riker, quien insiste en que el uso de la teoría de la elección racional representa el único progreso genuino que se haya dado en las ciencias políticas.¹ Y si bien otros autores no van tan lejos, se ha vuelto lugar común presentar las antologías y ensayos de elección racional haciendo reverencias ante los logros de la teoría. Jack Knight afirma que la elección racional “ha ampliado sustancialmente nuestra comprensión del papel que desempeñan las instituciones en la vida social”,² mientras que Gregory Kavka sostiene que en ninguna otra área se ha dado una expansión “más vasta o exitosa [de los modelos económicos de la elección racional] como en el campo de la política”.³ A su vez, Kristen Monroe describe la elección racional como “uno de los principales paradigmas de las ciencias políticas y sociales, que ofrece explicaciones profundas, rigurosas y parsimoniosas”,⁴ y Peter Abell exhorta a los sociólogos a que adopten esta teoría, en virtud de los muchos logros que ha obtenido en el campo de las ciencias políticas, mismos que “resulta por demás mencionar”.⁵

Sin embargo, en nuestra opinión, el bombo y los platillos con que se ha anunciado el enfoque de la elección racional en las ciencias políticas parecen haber sido prematuros cuando uno se pregunta: ¿en qué ha contribuido este enfoque para ampliar nuestra comprensión de la política? Aun cuando no negamos que los teóricos de la elección racional han elaborado modelos de inmensa y creciente complejidad, consideramos que todavía queda por demostrar que dichos modelos nos han llevado a comprender mejor la forma en que opera la política en el mundo real. A la fecha, una gran parte de las conjeturas teóricas presentadas por los exponentes de la elección racional no han sido empíri-

¹ William H. Riker, “Political Science and Rational Choice”, en James E. Alt y Kenneth A. Shepsle (comps.), *Perspectives on Positive Political Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 177 y 178.

² Jack Knight, “Social Norms and Economic Institutions”, *American Political Science Review*, núm. 86, 1992, p. 1063.

³ Gregory S. Kavka, “Rational Maximizing in Economic Theories of Politics”, en Kristen Renwick Monroe (comp.), *The Economic Approach to Politics: A Critical Reassessment of the Theory of Rational Action*, Nueva York, Harper Collins, 1991, p. 371.

⁴ Kristen R. Monroe, “The Theory of Rational Action: What Is It? How Useful Is It for Political Science”, en William Crotty (comp.), *Political Science: Looking to the Future*, Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 1991, p. 2.

⁵ Peter Abell, “Is Rational Choice Theory a Rational Choice of Theory?”, en James S. Coleman y Thomas J. Fararo (comps.), *Rational Choice Theory: Advocacy and Critique*, Newbury Park, California, Sage, 1992, pp. 203 y 204.

camente verificadas, mientras que las pruebas que sí se llevaron a cabo fallaron según los propios criterios de la teoría o bien no aportaron sino un mayor número de fundamentos teóricos para proposiciones que, a poco de analizarlas, resultan triviales, pues apenas hacen algo más que volver a expresar, con terminología de la elección racional, los conocimientos ya existentes.

Tal discrepancia entre la fe que los exponentes de la elección racional tienen en su teoría y el fracaso de la misma en cuanto a ofrecer resultados empíricos denota la necesidad de hacer un análisis más detenido de ella en tanto empresa científica. En nuestra opinión, las debilidades que presenta el enfoque de la elección racional tienen su origen en esa muy típica aspiración de sus exponentes de formular teorías universales sobre política. Tal aspiración lleva a muchos practicantes de este enfoque a elaborar teorías cada vez más sutiles, sin prestar mucha atención a cómo podrían éstas ponerse en práctica o verificarse, incluso en principio. Cuando los teóricos de la elección racional emprenden una labor empírica y sistemática, ésta por lo general termina estancada, debido a una serie de errores característicos cuyo origen puede hallarse en esas ambiciones universalistas que los teóricos de la elección racional equivocadamente consideran la marca distintiva de una buena práctica científica.

Tales patologías se manifiestan en cada etapa de la elaboración de teorías y de la verificación empírica: la manera en que se formulan las hipótesis hace imposible darles un tratamiento empírico, las evidencias se seleccionan de manera sesgada, las conclusiones se extraen sin tomar seriamente en cuenta otro tipo de explicaciones rivales, las anomalías empíricas o los hechos discordantes son frecuentemente ignorados o eludidos por medio de alteraciones *post hoc* a los argumentos deductivos. En conjunto, todas estas fallas metodológicas del enfoque de la elección racional generan y refuerzan un síndrome debilitante, en virtud del cual las teorías se elaboran y modifican, no en respuesta a las exigencias de su funcionamiento empírico, sino para preservar su carácter universal. Por acción de este síndrome, los datos dejan de poner a prueba las teorías y, en lugar de ello, éstas continuamente desafían y burlan los datos. En resumen, la investigación empírica se deja conducir por la teoría y no por los problemas, y su finalidad es salvar o reivindicar alguna variante de la teoría de la elección racional, en lugar de dar cuenta de los fenómenos políticos que realmente están ocurriendo.

Así, por válidas que sean las críticas que la elección racional hace a otros modelos de las ciencias políticas, lo cierto es que a ella misma

aún le falta consolidarse como una empresa rigurosamente empírica. Pues muchas de las objeciones que los teóricos de la elección racional suelen hacer a otras modalidades de las ciencias sociales resultan aplicables a su propio trabajo empírico. Por ejemplo, sostienen que la forma en que opera la teoría inductiva carece de "fecundidad, ya que no contiene las suficientes restricciones lógicas"; que las categorías de explicación pueden ser arbitrariamente "multiplicadas para adecuarse a todos los casos", y que resulta imposible diferenciar "un hallazgo consecuencial" de "una hechura".⁶ Sin embargo, nosotros afirmamos que, hasta la fecha, la mayor parte de la literatura sobre elección racional presenta los mismos puntos débiles y que la selección no científica de muestras, la deficiente conducción de las pruebas y las interpretaciones de los resultados sesgadas la han afectado muy negativamente. En consecuencia, pese a su enorme y creciente prestigio dentro de la disciplina, a la teoría de la elección racional aún le queda mucho camino por andar para que pueda cumplir su promesa de que hará progresar el estudio empírico de la política.

No obstante, en nuestra opinión, las cosas no van a mejorar en tanto no se comprenda el síndrome de fallas metodológicas que antes señalamos y en tanto no se renuncie a la aspiración universalista que da origen a dicho síndrome. Para fundamentar tal afirmación, era necesario hacer una revisión de los mejores trabajos empíricos de la elección racional y demostrar que éstos se encuentran empantanados por el síndrome que mencionamos, lo cual hicimos en nuestro reciente libro *Pathologies of Rational Choice Theory*,⁷ en donde evaluamos en forma sistemática la literatura que se ha desarrollado a partir de las obras primigenias de Arrow, Anthony Downs y Mancur Olson, y concluimos que dicha evaluación corrobora nuestro argumento.

No vamos a repetir ni a resumir aquí nuestra crítica metodológica de los trabajos sobre la afluencia de votantes, los problemas de la acción colectiva, la negociación legislativa y la competencia electoral. En lugar de ello, luego del breve análisis que presentamos en la sección II sobre la naturaleza de la teoría de la elección racional, nos limitamos, en la sección III, a ilustrar el síndrome de fallas recurrentes de este enfoque y a explicar someramente los motivos por los que ocurren. En el apartado IV respondemos a algunas de las posibles objeciones a nues-

⁶ Christopher H. Achen y Duncan Snidal, "Rational Deterrence Theory and Comparative Case Studies", *World Politics*, núm. 41, 1989, pp. 167 y 168.

⁷ Donald Green y Ian Shapiro, *Pathologies of Rational Choice Theory: A Critique of Applications in Political Science*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1994.

tro argumento y concluimos, en la sección V, con el resumen de algunas sugerencias –expuestas con más detalle en nuestro libro– tendientes a evitar en futuras investigaciones el síndrome que identificamos.

Antes de iniciar el análisis del enfoque de la elección racional y de sus fallas, es importante dejar en claro aquello que no afirmamos. En primer lugar, nuestra crítica no cuestiona la aspiración de los teóricos de la elección racional a estudiar la política en forma científica. Por el contrario, aplaudimos la motivación científica sobre la que se sustenta el proyecto de investigación de este enfoque. En segundo lugar, no tenemos objeción alguna contra la exposición formal, matemática, que caracteriza al enfoque de la elección racional, como tampoco al desarrollo de “una teoría coherente, concisa y deductiva”.⁸ En tercer lugar, el nuestro no es un ataque general contra el paradigma de la racionalidad. A diferencia de otros detractores de la teoría de la elección racional, nosotros mantenemos una actitud agnóstica frente a la afirmación de que los individuos racionales son la fuente de la cual surgen los fenómenos políticos. Tampoco aseveramos que los modelos de la elección racional carezcan de valor heurístico ni negamos su utilidad como un medio para generar hipótesis. Admitimos la posibilidad de que la racionalidad con frecuencia forme parte de explicaciones plausibles en las ciencias políticas, pero esto no es lo mismo que aseverar que las aplicaciones de la elección racional hayan hecho grandes contribuciones empíricas al estudio de la política, pues nosotros opinamos lo contrario. En cuarto lugar, no afirmamos que los modelos de elección racional sean incapaces de explicar los fenómenos políticos, sino únicamente que pocas aplicaciones innovadoras de dichos modelos han logrado aprobar el escrutinio empírico. Consideramos que existen buenos motivos para ser escépticos respecto de las ambiciones universalistas que expresan muchos teóricos de la elección racional, pero concedemos sin dificultad que algunas aplicaciones de la elección racional son dignas de

⁸ Peter C. Ordeshook, “The Development of Contemporary Political Theory”, en William A. Barnett, Melvin J. Hinich y Norman J. Schofield (comps.), *Political Economy: Institutions, Competition, and Representation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 72. Plantear una teoría bajo la forma de un conjunto deductivo de proposiciones puede cumplir ciertos propósitos, tales como sacar a la luz contradicciones que habían pasado inadvertidas en las teorías informalmente planteadas o revelar la existencia de relaciones analíticas que no habían sido descubiertas. Sin embargo, el formalismo no es ni una panacea para los males de las ciencias sociales ni un fin en sí mismo. Por analíticamente fuerte y concisa que sea una teoría, su valor científico depende de la capacidad que tenga para explicar los datos relevantes, lo que no significa, sin embargo, que nos opongamos al formalismo en cuanto tal.

atención. Sin embargo, nuestra objeción es que, hasta la fecha, el trabajo empírico que dice corroborar los modelos de la elección racional muestra muchas fisuras, mientras que aquel que ha sido correctamente realizado contradice los postulados del enfoque de la elección racional. El hecho de que un trabajo empírico presente fisuras no es únicamente producto del descuido (aunque, al igual que en el resto de las ciencias sociales, aquí también hay mucho de eso), sino de que los teóricos de la elección racional tienden a cometer ciertos errores al formular y poner a prueba las hipótesis empíricas. Como consecuencia de esto, por impresionantes que puedan ser muchos de los resultados analíticos de la teoría de la elección racional, lo cierto es que no nos dicen nada nuevo o confiable sobre política. Finalmente, nuestro interés está centrado en la teoría de la elección racional como generadora de explicaciones en las ciencias políticas y, por ello, evitaremos referirnos al aspecto ideológico o prescriptivo de este enfoque.⁹

⁹ Sin embargo, nuestra argumentación no carece de implicaciones normativas. En ocasiones, ciertas conjeturas prescriptivas se derivan de explicaciones de la elección racional que descansan en bases empíricas muy frágiles. Por ejemplo, existen muchos trabajos de elección racional relativos al fenómeno de la "búsqueda de ganancias" (*rent-seeking*) en el cual los grupos monopólicos inducen a los gobiernos a que protejan su posición de dominio, por medio de los procesos regulatorios. Sin embargo, las evidencias de la existencia de dicha conducta y de su frecuencia son contradictorias. De hecho, al final de su –por lo demás imparcial– revisión de los trabajos de elección racional sobre este tema, Mueller concluye que "la mejor y más simple manera de evitar el problema de la búsqueda de ganancias es no crear las instituciones que las generan, es decir, las regulaciones y los organismos regulatorios que conducen a la búsqueda de ganancias". Con mucha frecuencia, las conclusiones prescriptivas de este tipo se sustentan en hipótesis de elección racional de dudosa fundamentación empírica, como cuando Riker y Weingast aseveran que la susceptibilidad de que la regla de la mayoría tienda a ser manipuladora justifica la existencia de restricciones constitucionales de carácter judicial sobre lo que las legislaturas pueden legítimamente hacer, como en el caso de la Suprema Corte de Estados Unidos durante la era Lochner. Riker y Weingast destacan la posibilidad analítica de una inestabilidad legislativa para apoyar su proposición de que "ni la Corte ni el saber legal han brindado los apuntalamientos teóricos para admitir la certeza del juicio legislativo y, de hecho, ninguno de ellos ha siquiera inquirido si el juicio legislativo realmente funciona". Sin embargo, no se ha presentado ninguna evidencia concluyente que apoye la afirmación de Riker y Weingast en el sentido de que la posibilidad de ciclos ocurre con frecuencia en las legislaturas reales. El empleo de teorías explicatorias de elección racional para lanzar aseveraciones prescriptivas de este tipo adquiere un carácter ideológico que se revela al hacer una crítica de los cuestionables fundamentos empíricos sobre los que descansa.

II. LA NATURALEZA DE LA TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL

El término “elección racional” tiene diversos significados y los modelos de la elección racional aparecen bajo distintos nombres (*verbigracia* teoría de la elección pública, teoría de la elección social, teoría del juego, modelos de actores racionales, economía política positiva y enfoque económico de la política, entre otros). Por lo tanto, dado que la nuestra es una crítica metodológica, más que el análisis de un modelo en particular, por lo general nos apegamos a las definiciones adoptadas por los autores que analizamos. Sin embargo, sí podemos ofrecer una definición preliminar de la elección racional, señalando que si bien existe un amplio consenso entre sus exponentes respecto a ciertos elementos esenciales de la definición de racionalidad, otros rasgos de ésta son tema de muchas polémicas. De modo general, los teóricos de la elección racional concuerdan en una concepción instrumental de la racionalidad, en virtud de la cual se considera que los individuos maximizan las utilidades esperadas, de maneras formalmente predecibles.

Sin embargo, existen desacuerdos entre los teóricos de la elección racional respecto a la solidez de los supuestos referentes a los objetivos humanos. Algunos presentan descripciones de baja racionalidad, en las cuales sólo se afirma que la gente emplea en forma eficiente los medios de que dispone con el fin de alcanzar sus metas; otros exponen descripciones de alta racionalidad, en las cuales “el analista plantea no sólo la racionalidad, sino alguna otra descripción adicional sobre las preferencias y creencias del agente”,¹⁰ como aquella en la que se dice que los agentes maximizan el dinero, el placer o el poder.¹¹ Ciertos estudios de la elección racional sobre ciencias políticas, en especial aquellos que tratan sobre los ciclos y la inestabilidad, se basan primordialmente en la baja racionalidad y, por tanto, en ellos casi no

¹⁰ John Ferejohn, “Rationality and Interpretation: Parliamentary Elections in Early Stuart England”, en Kristen Renwick Monroe (comp.), *The Economic Approach to Politics: A Critical Reassessment of the Theory of Rational Actions*, Nueva York, Harper Collins, 1991, p. 282.

¹¹ La economía utilitarista y la clásica basan la mayoría de sus explicaciones en argumentos de alta racionalidad, como lo hicieron los argumentos embrionarios de la elección racional de Hobbes (quien suponía que los individuos maximizan el poder) y Bentham (quien aseveraba que maximizan el placer). Por el contrario, la economía neoclásica es de baja racionalidad en sus afirmaciones sobre los consumidores, los cuales se afirma que maximizan sus utilidades, pero sin especificar el contenido de éstas. Por otra parte, la teoría neoclásica de la empresa es de alta racionalidad en el sentido de Ferejohn, dado que se dice que todas las empresas son maximizadoras de las ganancias.

aparecen las discutibles descripciones de los objetivos y motivaciones humanos. Pero la mayor parte de los trabajos de la elección racional parten de conjeturas que son claramente de alta racionalidad. Así, por ejemplo, los estudios sobre la competencia entre partidos habitualmente suponen que éstos tratan de maximizar los votos y, a través de eso, el poder; de igual forma, la literatura sobre búsqueda de ganancias (*rent-seeking*) da por hecho que los grupos de interés intentan maximizar una diversidad de metas, que incluyen desde las utilidades hasta la conservación del medio ambiente; gran parte de la literatura sobre legislación y economía presume que los fallos judiciales maximizan la generación de bienestar; y los trabajos sobre los legisladores y burócratas suponen que éstos intentan de diversas maneras maximizar el desarrollo de sus carreras. Si bien tales conjeturas pueden resultar más discutibles que las explicaciones de baja racionalidad, sería de esperarse que presentaran menos dificultades desde el punto de vista de la verificación empírica, dado que la definición y medida de lo que supuestamente está siendo maximizado dejan menos margen para la ambigüedad. Sin embargo, como lo mencionamos más adelante, las descripciones de alta racionalidad con frecuencia resultan tan dudosas como las de baja racionalidad, cuando se les somete a una prueba empírica.¹²

Un segundo punto de desacuerdo entre los teóricos de la elección racional es el de la información que supuestamente poseen los agentes y con base en la cual actúan. Los convencionales modelos neoclásicos del comportamiento del mercado dan por hecho que la información es perfecta y que los consumidores tienen capacidad para comprenderla y hacer uso de ella. Pero tales suposiciones son poco realistas y mucho más tratándose de política, pues es bien sabido que los votantes están pobremente informados en lo que se refiere a los dirigentes y las políticas de entre los cuales deben supuestamente elegir. Por ello, mu-

¹² En ocasiones no es fácil determinar si una explicación es de baja o de alta racionalidad. Aun cuando no se especifique nada sobre el contenido de las preferencias, a veces el investigador hace ciertas conjeturas sobre la estabilidad del ordenamiento de las preferencias, las cuales tienen un grado de solidez mayor que el que exige la baja racionalidad. Por ejemplo, una explicación que sería, por lo demás, de baja racionalidad, podría afirmar que la gente no cambia en el tiempo sus preferencias hacia el mismo conjunto de resultados disponibles, o que los gustos de los actores no se ven directamente influidos por las opciones que se les ofrecen o por la conducta de los demás. En principio, las teorías pueden clasificarse dentro del continuo de alta a baja racionalidad, pero las aplicaciones empíricas rara vez se aproximan a este segundo e ideal tipo.

chos teóricos de la elección racional que estudian la política han abandonado la idea de la información perfecta, aunque mantienen la suposición de que los actores hacen el mejor uso posible de la deficiente información con que cuentan.¹³ El hecho de que la información sea deficiente hace que la adquisición de la misma resulte con frecuencia costosa en términos de tiempo y dinero, y a partir de la idea de que la obtención de información es similar a otro tipo de inversiones económicas, Downs sugiere que todo buscador de información “sigue invirtiendo recursos para reunir datos, hasta que la ganancia marginal generada por la información equipara su costo marginal”.¹⁴ Pero, como el elector sabe que es muy poco probable que su voto resulte decisivo para la elección y que lo más factible es que la ganancia será escasa, el ciudadano racional invierte pocos recursos para adquirir información política. Sin embargo, como lo señala Elster, tal lógica genera un círculo vicioso: el agente debe calcular el valor de una información que aún no tiene para determinar si vale la pena que se tome la molestia de recabarla. Una variante de este círculo aparece cuando los teóricos de la elección racional analizan la racionalidad de la conducta “miope”, que hace que los actores persigan recompensas inmediatas, sin considerar la posibilidad de que tal estrategia pueda acarrear resultados indeseables.¹⁵ Si suponemos que la previsión y planeación estratégicas no tienen costo alguno, la acción miope no puede ser caracterizada como racional. Pero si se acepta que existen costos cognitivos (o desviaciones producidas por la búsqueda de objetivos en otros campos de la vida), entonces las estrategias miopes sí pueden calificarse como racionales, al ser el resultado de las creencias cortas de visión que posee el actor.

Algunas de las divergencias entre los teóricos de la elección racional en estos y otros aspectos se derivan de una diferente concepción de la filosofía de la ciencia. Por ejemplo, para quienes han adoptado el modelo de explicación de ley explicatoria (*covering-law*), como es el caso de algunos teóricos, lo importante es elaborar modelos cuyas conjeturas resulten más realistas a medida que aquéllos se vuelven más com-

¹³ Richard D. McKelvey y Peter C. Ordeshook, “Elections with Limited Information: A Multidimensional Model”, *Mathematical Social Sciences*, núm. 14, 1987, pp. 77-99.

¹⁴ Anthony Downs, *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper & Row, 1957, p. 215.

¹⁵ Keith Krehbiel y Douglas Rivers, “Sophisticated Voting in Congress: A Reconsideration”, *Journal of Politics*, núm. 52, 1990, pp. 548-578; David Austen-Smith, “Rational Consumers and Irrational Voters: A Review Essay on Black Hole Tariffs and Endogenous Policy Theory”, *Economics and Politics*, núm. 3, 1991, pp. 73-92.

plejos. Pero si, por el contrario, se ha adoptado una postura instrumentalista respecto de la explicación, como en el caso de otros teóricos, el hecho de que las suposiciones sean realistas tiene poca relevancia, pues lo que importa es su poder predictivo. No pretenderemos resolver aquí tales desacuerdos. Baste señalar que, ya sea que la teoría de la elección racional sea considerada en los términos de la ley explicatoria o en los términos instrumentales de Friedman, lo que no puede evitarse es la verificación empírica. Como lo han señalado tanto Moe como Miller,¹⁶ el rasgo distintivo y el poder del modelo de la ley explicatoria le vienen del requisito de que las leyes explicatorias sean a la vez generales y empíricas –es decir, susceptibles de ser refutadas por la observación. Esta verificación frente a la realidad es indispensable para garantizar que las leyes explicatorias no sean meras divagaciones intelectuales; si resulta que están en desacuerdo con los datos observados, entonces deben ser abandonadas o modificadas, para luego someterse a nuevas pruebas empíricas. Por su parte, el enfoque instrumentalista depende completamente del éxito empírico de la predicción; no existe otra forma de evaluar la teoría. Por tanto, según ambos enfoques, una teoría de la política no tiene validez alguna si sus hipótesis no aprueban el escrutinio empírico. Y por ello resulta sorprendente que tanto los defensores como los detractores de la teoría de la elección racional hayan prestado tan poca atención a la verificación empírica, lo cual analizaremos a continuación.

III. ERRORES METODOLÓGICOS CARACTERÍSTICOS

Independientemente de lo que se diga sobre la elegancia analítica o el valor heurístico de las teorías de la elección racional, sus aplicaciones empíricas generalmente han padecido de dos tipos de enfermedades metodológicas. La primera comprende lo que podría describirse como errores metodológicos pedestres. Los académicos que trabajan dentro de la tradición de la elección racional suelen aplicar erróneamente las técnicas estadísticas, ignorar los problemas relativos a los errores de medición o confiar excesivamente en conjeturas derivadas de un reducido número de estudios de caso. Sin embargo, aunque potencialmente grave, este

¹⁶ Terry M. Moe, "On the Scientific Status of Rational Choice Theory", *American Journal of Political Science*, núm. 23, 1979, pp. 215-239; Richard Miller, *Fact and Method*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1987, pp. 18 y 19.

tipo de errores metodológicos son inherentes a las ciencias políticas y no es en éste en donde se enfoca nuestra crítica.

Más interesante es el síndrome de fallas metodológicas, fundamentales y recurrentes, que está enraizado en esas aspiraciones universalistas tan patentes en los teóricos de la elección racional. Dichas aspiraciones influyen en la forma en que conceptúan las hipótesis, la manera en que éstas se transforman en proposiciones verificables y el modo en que se interpretan los resultados empíricos, cuando se llevan a cabo las pruebas. En nuestra opinión, estos errores (que a menudo se refuerzan mutuamente) son producto de un enfoque de investigación guiado más por el método que por el problema, el cual hace que los practicantes se preocupen más por validar alguno de los modelos universalistas que por comprender y explicar los verdaderos resultados políticos. Más que cualquier otra cosa, es esta aspiración la que conduce a errores que calificamos aquí como patologías de la teoría de la elección racional. Como ya se dijo, estos son los errores característicos que destacamos en nuestro libro, en el que hacemos una revisión sistemática de los trabajos de la elección racional sobre la afluencia de votantes la acción colectiva, la conducta legislativa y la competencia electoral. En el presente trabajo nos limitamos a describir e ilustrar dichos errores metodológicos, explicando los motivos por los que éstos se oponen a los requisitos básicos de una investigación empírica sólida.

Elaboración post hoc de teorías

Muchas de las fallas metodológicas de la elección racional aplicada pueden atribuirse a un estilo de elaboración de teorías que pone un gran énfasis en la formulación de descripciones *post hoc* de hechos conocidos. ¿Acaso una hipótesis de la elección racional puede explicar la existencia de sistemas de antigüedad en el Congreso, el aumento del déficit de gasto de los gobiernos o el motivo por el que la gente vota por un tercer partido? Para responder a tales preguntas el teórico emprende un experimento razonado cuya finalidad es obtener una explicación de un fenómeno dado, que sea congruente con los supuestos de la elección racional, hasta cierto punto especificados. Fiorina y Shepsle ofrecen una descripción lúcida de este enfoque:

Nosotros sostenemos que el progreso científico refleja (1) la elección académica de modelos que (2) posean equilibrios, los cuales (3) correspondan a las regularidades observadas. Pero esto no significa construir modelos

de equilibrio *ex ante*, generalizar y modificar el objeto a fin de preservar el equilibrio [...] ni tampoco conservar modelos de desequilibrio con la sola finalidad de tener la boca sellada cuando se nos pida que digamos algo positivo sobre el mundo [...] Seguir el primer camino conduce a tener poco que decir que sea aplicable al mundo de los fenómenos, y seguir el segundo conduce a tener poco que decir, punto. En lugar de esto, recomendamos un tercer camino, denominado “retroducción” [...] Dicho en forma simple, el proceso retroductivo comienza con una regularidad empírica X, que nos plantea la pregunta: ¿“Cómo puede estructurarse el mundo para que X sea un rasgo anticipado de ese mundo?” Las respuestas (y debería haber varias) constituyen modelos, todos los cuales tienen en común la regularidad X como implicación lógica.¹⁷

Sin duda, esforzarse por explicar las regularidades empíricas observadas es preferible a amoldar las teorías según los dictados de “la pulcritud o de algún otro de los criterios estéticos” por los que se guía la elaboración de teorías en la elección racional, tanto en las ciencias políticas como en la economía.¹⁸ Pero, dado que no se especifica claramente qué significa con exactitud ser un actor racional, resulta difícil determinar qué tipo de conductas, en principio, no podrían ser explicadas por alguna variante de la teoría de la elección racional. Los teóricos de la elección racional disponen de una infinidad de supuestos sobre los objetivos de los actores (riqueza, poder, moral, satisfacción, etc.), sobre el grado hasta el cual los individuos derivan ganancias del bienestar de los otros, sobre los tipos de información y creencias que poseen los actores, sobre su gusto por el peligro, sobre la proporción de ellos que renuncia a futuras recompensas, sobre si sus decisiones se basan en una reflexión de la conducta estratégica de los otros y, de ser así, las reglas de decisión que emplean los actores cuando enfrentan situaciones de incertidumbre. Como lo señala Ordeshook, no se puede decir que quienes elaboran explicaciones *post hoc* hayan logrado mucho, pues:

[aun] si la congruencia entre tales modelos y los datos presenta un grado aceptable de precisión estadística, debemos puntualizar que basta que un modelo sea lo suficientemente complejo para hacer posible que casi cualquier resultado razonable sea un equilibrio de dicho modelo [...] Elabo-

¹⁷ Morris P. Fiorina y Kenneth A. Shepsle, “Equilibrium, Disequilibrium, and the General Possibility of a Science of Politics”, en Peter C. Ordeshook y Kenneth A. Shepsle (comps.), *Political Equilibrium*, La Haya, Kluwer-Nijhoff, 1982, p. 63.

¹⁸ *Idem.*

rar conjeturas a fin de que las predicciones de un modelo concuerden con los datos es, en realidad, apenas algo más que un ejercicio de adecuación de curvas, aunque de un tipo un poco más complejo que aquellos que solemos despreciar.¹⁹

Un indicador de la facilidad con que pueden generarse descripciones *post hoc* es el más que abundante número de explicaciones sobre fenómenos tales como la afluencia de votantes o las diferencias entre las plataformas de los dos partidos estadounidenses.²⁰ Otro indicador son las muchas explicaciones que aparecen para dar cuenta de ciertos “hechos estilizados” que, luego de analizarlos, resultan no ser hechos en lo absoluto. Así, por ejemplo, McKelvey y Riezman se dieron a la tarea de explicar el motivo por el cual los legisladores titulares suelen resultar reelectos por amplios márgenes, y por qué en las legislaturas existen sistemas de antigüedad.²¹ Pero ninguna de esas dos premisas resultan aplicables de manera general a los legisladores o a las legislaturas, en virtud de que, por una parte, el porcentaje de reelección de los senadores y representantes estadounidenses presenta grandes diferencias y, por otra, la fuerza del sistema de antigüedad en el Congreso ha variado a lo largo del tiempo. Más aún, los estudios estadísticos de las elecciones en el Congreso no han mostrado ninguna evidencia de la supuesta relación causal entre la antigüedad y la suerte electoral de los legisladores titulares.²² Por tanto, no sabemos qué pensar del resultado analítico de McKelvey y Riezman que afirma que, en equilibrio, los legisladores adoptan un sistema de antigüedad y los votantes eligen unánimemente a todos los titulares.

Quizás alguien objete que lo que hemos llamado elaboración *post hoc* de teorías puede también calificarse como solución de acertijos, que es una legítima actividad científica. Se podría argumentar, por ejemplo, que el hecho de que los electores acudan masivamente a votar, pese a la predicción teórica de que los ciudadanos racionales se abstienen de hacerlo, lleva al descubrimiento de una inclinación al

¹⁹ Ordeshook, *op. cit.*, p. 95.

²⁰ Green y Shapiro, *op. cit.*, cap. 7.

²¹ Richard D. McKelvey y Raymond Riezman, “Seniority in Legislatures”, *American Political Science Review*, núm. 86, 1992, p. 951.

²² Paul Feldman y James Jondrow, “Congressional Elections and Local Federal Spending”, *American Journal of Political Science*, núm. 28, 1984, pp. 147-163; Lyn Ragsdale y Timothy E. Cook, “Representatives ‘Actions and Challengers’ Reactions: Limits to Candidate Connections in the House”, *American Journal of Political Science*, núm. 31, 1987, pp. 45-81.

civismo. Pero nuestras reservas ante tales “descubrimientos” (si así puede llamárseles) consiste en que la retroducción no hace sino plantear la proposición de que no es imposible que ciertas hipótesis de la elección racional sean verdaderas. Según parece, algunos teóricos de la elección racional consideran que ahí termina el ejercicio; que la descripción *post hoc* que proponen efectivamente corrobora la idea de que es válido ver la política como si ésta estuviera habitada por actores que perciben “toda situación con un ojo en las ganancias por obtener, otro en los costos, y una delicada habilidad para equilibrarlos, así como con una intensa inclinación a seguir el camino que les marque la racionalidad”.²³ Sin embargo, no es correcto que los datos que inspiran una teoría sean empleados para comprobarla sobre todo cuando muchas y muy distintas descripciones *post hoc* producen la misma predicción. A menos de que la descripción retroductiva genere hipótesis que sobrevivan la comprobación contra otros fenómenos, no se habrá establecido algo que tenga un cierto valor empírico.

Por ejemplo, muchos teóricos de la elección racional han intentado explicar por qué, como lo expresa Schumpeter, “por lo general, las grandes cuestiones de política ocurren en la economía psíquica del ciudadano típico cuyos intereses de tiempo libre no han alcanzado el nivel de aficiones”.²⁴ La hipótesis de la “ignorancia racional”²⁵ sostiene que los ciudadanos no saben mucho más de aquello que pueden aprender sin que les cueste, dado que no hay nada que los motive a gastar recursos para volverse sabios en asuntos políticos. Y dada la remota probabilidad de que el voto de un elector resulte decisivo en los comicios, el ciudadano racional concluye que los beneficios derivados de hacer un voto informado no compensarán el gasto de tiempo y dinero que implica recabar información. Como mencionamos en otro trabajo,²⁶ muchos afirman que este argumento ofrece una explicación acertada de lo que se considera una difundida ignorancia del electorado. Pero, ya que sería posible presentar otras explicaciones *post hoc* para dicha ignorancia, surge la pregunta: ¿por qué entonces hemos de apostar todo a esta explicación?

No sólo la manera en que se comprueban las teorías *post hoc* es inadecuada; también la forma en que se elaboran suele contraponerse a

²³ Downs, *op. cit.*, pp. 7 y 8.

²⁴ Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York, Harper & Row, 1942, p. 261.

²⁵ Downs, *op. cit.*

²⁶ Green y Shapiro, *op. cit.*, cap. 5.

la tarea de la verificación empírica. Dado que los teóricos se valen de la ambigüedad del significado de racionalidad para transformar situaciones incómodas en datos congruentes con una teoría recién creada, cabe preguntarse si acaso es posible llevar a cabo una evaluación empírica significativa de esa diversidad de teorías. Los teóricos de la elección racional rara vez plantean claramente cuál o cuáles datos podrían, en caso de ser observados, significar la invalidación de las hipótesis particulares que presentan o, en términos más generales, de su convicción de que la política se origina en la conducta maximizadora de actores racionales.

Y estos problemas de evaluación empírica se agravan por el hecho de que los modelos de la elección racional de un fenómeno determinado difícilmente pueden evaluarse frente a otros enfoques teóricos que no se basan en el supuesto de la maximización de las utilidades. Tanto en principio como en la práctica, es posible elaborar modelos de elección racional a partir de un sinnúmero de conjeturas sobre las creencias, gustos y limitaciones ambientales. Así, no es de sorprender que los modelos de la elección racional en ocasiones generen predicciones diametralmente opuestas. Por ejemplo, ciertas descripciones de la elección racional predicen que la acción política colectiva fracasará por efecto del problema del polizón (*free rider*), mientras que otros sugieren que tales movimientos pueden ser apoyados mediante incentivos solidarios. De igual forma, ciertas variantes de la teoría de la elección racional predicen que, en un sistema de dos partidos, ambos candidatos adoptarán plataformas idénticas, mientras que otros aseveran que tendrán posturas políticas divergentes. De esta manera, el hecho de que las construcciones de la teoría de la elección racional predigan X y no-X hace muy difícil la tarea de quienes intentan comparar el funcionamiento de los modelos de elección racional con otros enfoques, pues siempre habrá un modelo de la elección racional cuyas predicciones coincidan con las derivadas de otro tipo de teoría.

Debe mencionarse que las descripciones teóricas rivales ocupan apenas un pequeño espacio en el ámbito de interés del enfoque de la elección racional. El afán de elaborar descripciones suficientes de los fenómenos políticos hace que, con frecuencia, los teóricos de la elección racional centren su atención más bien en aquello que su teoría sí parece explicar. Como lo señala Russell,²⁷ este estilo de análisis va a

²⁷ Clifford S. Russell, "Applications of Public Choice Theory: An Introduction", en Clifford S. Russell (comp.), *Collective Decision Making: Applications from Public Choice Theory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1979, p. 11.

menudo acompañado de un sorprendente desinterés por los otros tipos de explicaciones, lo que deja la duda sobre si los datos podrían también ser congruentes con las predicciones de descripciones teóricas rivales. En ocasiones, el hecho de que no se compare el poder relativo de la elección racional con otro tipo de explicaciones es producto del simple descuido o estrechez de miras. Sin embargo, con más frecuencia resulta de un concepto erróneo de lo que es hacer teoría, que pone el énfasis en la formulación de explicaciones suficientes. Pero, irónicamente, la insistencia en favorecer una forma de explicación, excluyendo las otras, da por efecto disminuir el poder persuasivo de las descripciones de la elección racional.

Dado el desinterés por las explicaciones rivales, el diseño de una investigación rara vez incluye entre sus objetivos el de que el investigador que favorece una alternativa derivada de la elección racional invalide otra hipótesis que se considera nula, una conjetura a la que se ha dado el carácter de verdad; o bien, en otros casos, la hipótesis que el investigador se da a la tarea de refutar es prosaica, como, por ejemplo, la hipótesis de que los electores experimentales votan al azar²⁸ o de que la conducta no se ve influida por las modificaciones al sistema de precios.²⁹ Pero, así como el hecho de vencer a un adversario como Granada no constituye un testimonio muy significativo del poderío militar de Estados Unidos, tampoco nuestras opiniones sobre política se verán mayormente influidas por el hecho de que una proposición de la elección racional derrote a una hipótesis trivial o improbable. Y si bien esto no constituye un error vital, lo cierto es que el poder explicativo que otorgamos a las teorías de elección racional sí es proporcional a la credibilidad de las hipótesis nulas sobre las cuales triunfan. Y, en la mayoría de los casos, los teóricos de la elección racional eligen explicaciones rivales insostenibles, o bien las ignoran.

En suma, tal vez los teóricos de la elección racional consideren que, elaborando teorías *post hoc* para obtener posibles explicaciones de

²⁸ Richard D. McKelvey y Peter C. Ordeshook, "An Experimental Study of the Effects of Procedural Rules on Committee Behavior", *Journal of Politics*, núm. 46, 1984, pp. 182-205; y de los mismos autores, "Rational Expectations in Elections: Some Experimental Results Based on a Multidimensional Model", *Public Choice*, núm. 44, 1984, pp. 61-102.

²⁹ Donald Wittman, "Determinants of Participation in Presidential Elections: A Comment", *Journal of Law and Economics*, núm. 18, 1975, pp. 735-741. Wittman presenta (aunque no comprueba) la hipótesis de que es mayor la probabilidad de que voten las personas a las que se les ofrece un trabajo extralaboral remunerado para que lo hagan. También sugiere que, en condiciones similares, la afluencia de votantes será mayor entre ciudadanos que gozan de buena salud.

los fenómenos observados o reformulando hipótesis de la elección racional de tal suerte que eludan o parezcan resolver situaciones anómalas, el enfoque teórico haya sido de alguna manera “salvado”. Pero lo cierto es que las hipótesis específicas en cuestión aún deben ser comprobadas.

Esta crítica a la elaboración *post hoc* de teorías no pretende negar la posibilidad de que se dé una genuina innovación teórica. Nosotros no afirmamos que las predicciones teóricas no deban nunca ser modificadas a fin de adecuarse a las nuevas evidencias sino, más bien, que las “innovaciones” que generalmente surgen no contienen nuevas predicciones, como tales, sino una mera redescrición de los procesos por los cuales ocurre un resultado que ya se conocía. Al reformular sus hipótesis para abarcar los hechos conocidos –y en particular, las anomalías–, los teóricos de la elección racional por lo general no dan el siguiente paso, a saber, proponer una prueba coherente que evalúe la adecuación empírica de la hipótesis recién revisada. Y aún con menos frecuencia dichos teóricos dan el siguiente paso, es decir, evaluar el poder empírico de su formulación teórica preferida sobre otras explicaciones rivales.

Formulación de pruebas

Para poder comprobar una teoría es necesario saber antes qué es lo que ésta predice. De tanto en tanto, algunos teóricos de la elección racional han expresado su desacuerdo ante la falta de atención que la elección racional aplicada presta a este aspecto. Así, por ejemplo, en 1978 Fiorina y Plott observaron que “los modelos teóricos del juego y de la elección social fueron desarrollados y sancionados sin dar ni una sola pista sobre una posible definición operativa; uno puede hallar pruebas y más pruebas, pero resulta en vano buscar un análisis detallado de cómo y cuándo exactamente debe aplicarse un modelo”.³⁰ Sin embargo, este tipo de observaciones ha tenido poco efecto sobre la evolución del enfoque de la elección racional, y el desequilibrio entre la exposición analítica y la aplicación sigue siendo evidente.

Más aún, cuando alguien intenta derivar proposiciones verificables a partir de los modelos de la elección racional, descubre que estas teorías están construidas de tal forma que quedan protegidas de cualquier enfrentamiento adverso contra las evidencias. Este problema se manifiesta

³⁰ Morris P. Fiorina y Charles R. Plott, “Committee Decisions Under Majority Rule: An Experimental Study”, en *American Political Science Review*, vol. 72, 1978, pp. 575 y 576.

ta en diversas formas. Aquellos que presentan modelos tan parsimoniosos o abstractos que no es posible hallar en ellos un solo rasgo reconocible de la política (como, por ejemplo, los modelos de elaboración de políticas que omiten mencionar a los partidos políticos y consideran a cada rama del gobierno como actores unitarios)³¹ eluden el escrutinio empírico al describir sus teorías como simplificaciones o bosquejos de asuntos teóricos espinosos. Otros afirman que sus modelos captan verdades generales que no tienen necesariamente que coincidir con aplicaciones específicas, como cuando Calvert defiende un modelo de estrategia de candidatos, "porque revela las propiedades que subyacen a toda competencia electoral, aun cuando dichas propiedades en ocasiones sean contrariadas por las condiciones particulares de una situación del mundo real".³²

Puede afirmarse que la fuente más importante de situaciones engañosas en la construcción de modelos es la multiplicidad de términos no observables, que hace que la complejidad de una teoría sobrepase la capacidad de los datos para ofrecer una comprobación informativa. Y este problema general se agrava por las dificultades que implica el ambiguo traslado de los modelos de equilibrio a pruebas verificables. En tales circunstancias, el escrutinio empírico queda despojado de su valor de diagnóstico.

Predicciones engañosas

Comúnmente, las explicaciones de la elección racional contienen una multitud de entidades no observables. Los gustos, las creencias, las reglas de decisión y, en un nivel más elevado de abstracción, los equilibrios, constituyen los ingredientes esenciales de la mayoría de los modelos de la elección racional. Pero el problema no radica en el planteamiento de hechos no observables *per se*, sino en el número posible de construcciones para las mediciones observables que encontramos en las descripciones de

³¹ Jeffrey S. Banks, "Agency Budgets, Cost Information, and Auditing", *American Journal of Political Science*, núm. 33, 1989, pp. 670-699; Pablo T. Spiller y Matthew L. Spitzer, "Judicial Choice of Legal Doctrines", *Journal of Law, Economics, and Organization*, vol. 8, núm. 1, 1992, pp. 1 y 8-44.

³² Randall L. Calvert, "Robustness of Multidimensional Voting Model: Candidate Motivations, Uncertainty, and Convergence", *American Journal of Political Science*, núm. 29, 1985, p. 87. Véase, también, Gerald S. Strom, *The Logic of Lawmaking: A Spatial Theory Approach*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1990, p. 11.

la elección racional.³³ En la medida en que dicho número aumenta, se vuelve cada vez más difícil determinar si un conjunto de datos confirma o refuta una explicación de la elección racional.

Supongamos, a manera de ejemplo, un juego en el que dos jugadores deben dividir 14 dólares entre ambos. Si los jugadores llegan a un acuerdo en cuanto a la distribución del dinero, entonces el convenio se vuelve obligatorio; en caso contrario, el jugador 1 recibirá 12 dólares y el jugador 2 no recibirá nada. “La teoría del juego cooperativo”, afirman Hoffman y Spitzer, “predice que los sujetos cooperarán y dividirán la cantidad en 13 y 1 dólares, respectivamente (la solución de negociación de Nash: una división equitativa de los dos dólares ganados por negociar). Según la teoría del juego, [el jugador 1] no debería, por ningún motivo, aceptar menos de 12 dólares”.³⁴ Ahora supongamos que, al observar a varias parejas de jugadores, encontramos que muchas de ellas deciden dividir equitativamente los 14 dólares.³⁵ ¿Qué podemos inferir de este patrón de resultados? ¿Que la cantidad fue muy pequeña para que surgiera una preferencia sobre el ya existente deseo de equidad? ¿Que, pese a la prohibición de amenazar, el jugador 1 temía una venganza física por parte del jugador 2? ¿Que no comprendieron correctamente el juego? ¿Que se dio una desviación temporal del equilibrio, la cual se rectificaría al estar expuestos al tipo de negociaciones implacables que ocurren en el mundo real?

Como demuestra este ejemplo, es posible resucitar las hipótesis de la elección racional que se topan con hechos imprevistos recurriendo a diversos procesos de pensamiento no observables, para los cuales no

³³ El problema se ve en cierto grado exacerbado por el escepticismo con el que ciertos académicos ven las mediciones “psicológicas” de los gustos y creencias. Aunque éstos ocupan un lugar destacado en las explicaciones de la elección racional, muchos académicos que trabajan dentro de esta tradición cuestionan la validez de cualquier otra medición que no sea la de la conducta —las elecciones en sí mismas—, como indicador de las preferencias. Este escepticismo respecto a los datos blandos no ha evitado que algunos teóricos de la elección racional se hagan eco de ciertas especulaciones sobre los procesos psicológicos, que no se basan en ningún dato.

³⁴ Elizabeth Hoffman y Matthew L. Spitzer, “The Coase Theorem: Some Experimental Tests” en *Journal of Law and Economics*, vol. 25, 1982, p. 259.

³⁵ Hoffman y Spitzer mencionan que todos sus sujetos experimentales hicieron precisamente eso cuando la asignación de los papeles de jugador 1 y 2 se hizo lanzando una moneda al aire (*ibid.*, p. 260). En estos casos, el sujeto que desempeñó el papel de jugador 1 siempre “estuvo de acuerdo en recibir cinco dólares menos que los doce que hubiera obtenido si no hubiera contado con la cooperación del otro sujeto”. Véase, asimismo, Hoffman y Spitzer, 1982, pp. 73-98.

existen suficientes mediciones, directas o indirectas. Por tanto, frente a resultados discordantes, resulta difícil distinguir empíricamente tres afirmaciones relativas al principal término no observable, el equilibrio:

1. Las preferencias que el modelo presupone están correctamente representadas en la escena que uno observa, pero algunos o todos los actores carecen de la perspicacia estratégica necesaria para jugar el juego tal y como lo recomienda –y, por ende, predice– la elección racional.

2. El modelo capta con exactitud los objetivos de los actores, pero, quizá debido a las características particulares del propio equilibrio, ocurre una desviación temporal del resultado predicho.

3. El modelo no capta uno o más de los rasgos del juego observado y los resultados coinciden con los equilibrios (o falta de ellos) relacionados con otro juego.

La multiplicidad de términos teóricos que son inconmesurables o difíciles de medir crea una situación semejante a la subidentificación en los modelos estadísticos que incluyen variables latentes.³⁶ En tales circunstancias, los datos no pueden ofrecer una prueba convincente. Si una hipótesis falla, el investigador siempre podrá argumentar que su acertada predicción se vio frustrada debido a una tendencia contraria o a una aberración temporal. En este sentido, las discusiones empíricas en la literatura de la elección racional nos recuerdan los debates en torno al rendimiento decreciente, que alguna vez ocupó a los marxistas. Convencidos ellos mismos, con base en argumentos analíticos, de que en el capitalismo el rendimiento debía disminuir con el correr del tiempo, pero no pudiendo hallar pruebas que corroboraran tal afirmación, los marxistas dedicaron por décadas sus esfuerzos a descubrir las tendencias encubridoras, fugaces o compensatorias que (ocultaban ese fenómeno. Basados en una teoría que insistía en que así debía ser, afirmaban que la disminución del rendimiento ocurría por debajo de la superficie.³⁷

El problema de la subidentificación puede tratarse de dos maneras. Una es estableciendo límites al número de argumentos teóricos

³⁶ Kenneth A. Bollen, *Structural Equations with Latent Variables*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1989.

³⁷ Compárese John E. Roemer, "Continuing Controversy on the Falling Rate of Profit: Fixed Capital and Other Issues", *Cambridge Journal of Economics*, núm. 3, pp. 379-398; y Philippe Van Parijs, "The Falling-Rate-of-Profit Theory of Crisis: A Rational Reconstruction by Way of Obituary", *The Review of Radical Political Economics*, núm. 12, pp. 1-16.

que sea válido utilizar para construir o resucitar una teoría. Sin embargo, esta restricción resulta difícil de mantener frente a la tendencia a defender la aplicabilidad universal del enfoque de la elección racional. Con frecuencia, figuras tales como Downs y Olson apoyan este tipo de restricciones, cuando introducen un escrutinio de elección racional en un cierto campo de la política.³⁸ Pero, al pasar el tiempo, otros autores las relajan con el fin de preservar un modelo que enfrenta evidencias adversas. Otro método es recabar más información para que, con un número mayor de datos, las mediciones tengan la oportunidad de equiparar el número de términos teóricos. Los académicos de la elección racional suelen evitar este método, con lo que tal vez admitan tácitamente que la precisión formal de los modelos de la elección racional rebasa por mucho la capacidad de medición de los analistas políticos.

Predicciones vagamente operacionalizadas

Un segundo y frecuente tipo de patología relacionada con la verificación de hipótesis se refiere a la correspondencia entre las hipótesis presentadas y las pruebas empíricas que se emplean para evaluarlas. Dado que el análisis del equilibrio es parte medular de la teoría de la elección racional, muchas de sus proposiciones se expresan como predicciones puntuales (*point predictions*). En ocasiones, la predicción puntual es una tasa o proporción, como en el caso de la conjetura de Olson de que, en ausencia de incentivos selectivos o de coerción, los miembros de grupos grandes no participarán en acciones colectivas con el fin de alcanzar sus intereses comunes.³⁹ En otras situaciones, la predicción puntual se refiere a un resultado particular, como en el caso del punto de equilibrio de una regla de mayoría específica, en un juego de negociación cooperativa. Tales proposiciones siempre tienen algo de falsedad; en ocasiones ocurren errores estratégicos que producen resultados de desequilibrio. Entonces, el argumento se convierte en la frecuentemente expresada “esperanza de que un número suficiente de personas actuarán con la suficiente racionalidad en su conducta para que las teorías económicas de la política generen descripciones, explicaciones y predicciones que a menudo son útiles aproximaciones a la verdad”.⁴⁰

³⁸ Downs, *op. cit.*; Mancur Olson, Jr., *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Harvard University Press, 1965.

³⁹ Olson, *op. cit.*

⁴⁰ Kavka, *op. cit.*, p. 372.

Pero, ¿acaso es posible construir una prueba rigurosa para una predicción puntual bajo la forma de una aproximación? El hecho de que las campañas de referendo recolecten varios millones de dólares en pequeñas contribuciones, ¿es una evidencia en favor de la hipótesis del polizón,⁴¹ dada la ínfima proporción de contribuciones al interés público respecto al resultado de estas elecciones, o en contra de ella,⁴² en virtud de la supuesta irracionalidad que implica incurrir en gastos personales en favor de un bien público de amplia difusión?

La correspondencia entre la teoría y las evidencias se torna más ambigua cuando las hipótesis de la elección racional se transforman de predicciones puntuales en marginales y viceversa. Las primeras se refieren a la ubicación de un equilibrio bajo condiciones estáticas; las segundas –derivadas del análisis de la “estática comparada”–, a la dirección prevista que tomará un equilibrio en respuesta a cambios exógenos en los objetivos, creencias o limitaciones ambientales. La lógica dice que sólo uno de estos tipos de predicción podría sobrevivir a la verificación empírica, pero el hecho de disponer de dos estándares de evaluación permite que los defensores de un modelo siempre puedan hallar bases para sus predicciones. En particular, a menudo se recurre a las predicciones marginales cuando las predicciones estáticas enfrentan problemas. Según Grofman,⁴³ independientemente de las flaquezas que presentan las explicaciones de la elección racional respecto del motivo por el que los ciudadanos se molestan en ir a votar, la teoría de la elección racional predice correctamente que la gente tiende menos a hacerlo cuando hay mal tiempo.

Lejos de tener algún inconveniente en que se utilice la estática comparada para generar hipótesis, consideramos que las pruebas que se enfocan en el cambio marginal resultan mucho más acordes con la metodología tradicional cuasiexperimental, que aquellas que involucran predicciones precisas. Lo que nos resulta molesto es la idea de que la racionalidad de ciertas acciones pueda ser rescatada arguyendo

⁴¹ Daniel H. Lowenstein, “Campaign Spending and Ballot Propositions: Recent Experience, Public Choice Theory and the First Amendment”, *UCLA Law Review*, núm. 29, 1982, pp. 572 y 573.

⁴² Harriet Tillock y Denton E. Morrison, “Group Size and Contribution to Collective Action: A Test of Mancour Olson’s Theory on Zero Population Growth”, *Research in Social Movements, Conflict, and Change*, núm. 2, 1979, pp. 131-158.

⁴³ Bernard Grofman, “Is Turnout the Paradox that Ate Rational Choice Theory?”, en Bernard Grofman y Ann Arbor (comps.), *Information, Participation and Choice*, University of Michigan Press, 1993.

que los actores responden hasta cierto punto a los cambios en los costos o los beneficios. Tomemos, por ejemplo, el estudio sobre los motivos por los que los candidatos políticamente inexpertos retan a los miembros titulares de la Cámara de Representantes. La conducta de esos retadores resulta un tanto misteriosa, dado que sus posibilidades de vencer a un titular son prácticamente nulas. Como la mayoría de los acertijos de este tipo, tal conducta puede explicarse mediante factores secundarios, tales como el autoengaño, el afán de promover una carrera legal durante la campaña, la creencia de que alguien debiera impugnar al titular, etcétera. Por ejemplo, Banks y Kiewiet hacen un intento por rescatar la idea de que la conducta racional que busca la elección refleja la conducta de los retadores débiles, y sostienen que “los retadores débiles pueden maximizar su probabilidad de ser electos para el Congreso si se enfrentan en este momento a los titulares”, en lugar de esperar a un concurso abierto por las bancas, en el cual tal vez tendrían que vencer a oponentes más fuertes, tanto en las elecciones primarias como en las generales.⁴⁴ Como lo señalan los autores, “esta probabilidad no es muy alta, pero la están maximizando”. Determinar si los retadores débiles tienden a la competencia contra el titular, que los concursos abiertos por las bancas es una tarea que tiene valor por sí misma, pero lo que no queda claro es de qué manera el resultado de dicho estudio responde a la pregunta de si los retadores débiles son racionales al enfrentarse a los titulares de la Cámara de Representantes, considerando que la racionalidad exige que los beneficios de actuar así sean superiores a los costos.⁴⁵

Selección e interpretación de las evidencias

Otras tres patologías características de la elección racional se relacionan con la forma en que las hipótesis son verificadas. La primera surge de la manera sesgada en que se seleccionan las evidencias; la segunda, de la sutileza con que la evidencia es proyectada a partir de la teoría, en lugar de que sea recabada de manera independiente; la tercera consiste en un alejamiento estratégico de los campos en los que la teoría no responde adecuadamente. Estos tres errores metodológicos debilitan

⁴⁴ Jeffrey S. Banks y D. Roderick Kiewiet, “Explaining Patterns of Candidate Competition in Congressional Elections”, *American Journal of Political Science*, núm. 33, 1989, p. 1007.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 1000.

los argumentos teóricos que supuestamente debieran apoyar, dado que lo esencial en la comprobación científica es la búsqueda estructurada de evidencias contrarias antagónicas.

i) *Búsqueda de evidencias confirmatorias*. Al revisar la literatura sobre elección racional aplicada, resulta sorprendente observar el grado hasta el cual los defensores de los modelos de la elección racional permiten que sus convicciones teóricas contaminen el muestreo de las evidencias. El procedimiento de citar casos que confirman una hipótesis es quizá más patente en campos tales como el de las políticas regulatorias y burocráticas, en los que los intereses ideológicos son altos. Sin embargo, esta práctica, que recuerda ese tipo de publicidad en el que se exponen las virtudes de un producto, pero sin hacer mención de sus fallas o de las cualidades equivalentes de la competencia, no se limita a estos campos ideológicamente cargados. En sus expresiones más cualitativas, la elección racional suele meditar sobre ejemplos corroborativos, tomados del paisaje político, de momentos memorables de la historia o de textos bíblicos.⁴⁶ En otras partes, esta patología lleva a que los investigadores refieran una y otra vez los éxitos de sus predicciones, ya se trate de los fenómenos de contraenmiendas estratégicas por los líderes de comités de congresistas de la Cámara⁴⁷ o del abastecimiento subóptimo de bienes colectivos.⁴⁸ La tendencia a citar casos confirmatorios también se manifiesta, aunque más sutilmente, en la investigación cuantitativa que va de la comparación de las condiciones vigentes de tratamiento y control a una conclusión que se desprenda en forma trivial del propio diseño de la investigación. Así, por ejemplo, McCubbins sostiene que el análisis de series de tiempo de datos federales para el periodo 1929-1988 "corrobora con fuerza" su descripción basada en la teoría del juego sobre cómo el control de partido dividido en el Congreso produce déficits presupuestarios.⁴⁹ Pero, si bien, en

⁴⁶ Steven J. Brams, *Biblical Games: A Strategic Analysis of Stories in the Old Testament*, Cambridge, MIT Press, 1980; del mismo autor, *Theory of Moves*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; William H. Riker, "Arrow's Theory and Some Examples of the Paradox of Voting", en John M. Claunch (comp.), *Mathematical Applications in Political Science*, núm. 1, Dallas, Southern Methodist University Press, 1965; y del mismo autor, *Liberalism Against Populism*, San Francisco, Freeman, 1982.

⁴⁷ Barry Weingast, "Floor Behavior in the US Congress: Committee Power Under the Open Role", *American Political Science Review*, núm. 83, p. 810.

⁴⁸ Olson, *op. cit.*

⁴⁹ Mathew D. McCubbins, "Government on Lay-Away: Federal Spending and Deficit Under Divided Party Control", en Gary W. Cox y Samuel Kernell (comps.), *The Politics of Divided Government*, Boulder, Colorado, Westview, 1991.

efecto, sus cálculos estadísticos sugieren que, “desde 1929, el gobierno dividido ha generado un aumento en la deuda nacional”,⁵⁰ en el periodo estudiado sólo aparecen dos de tales episodios, a saber, el advenimiento de la economía *supply-side*, bajo Ronald Reagan, y el agotamiento de los ingresos federales, durante los últimos días del gobierno de Hoover.

Una variante de este problema metodológico se observa en los estudios que se valen de conductas de laboratorio para fundamentar las proposiciones de la elección racional, pero que omiten incluir un grupo de control en el diseño experimental. Como lo explicamos detalladamente en el capítulo 6 de nuestro libro, los experimentos de este tipo que han tenido éxito sugieren, a lo sumo, que es posible crear un ambiente de laboratorio que se aproxime a las condiciones presupuestas por el teorema, y el investigador que quiera defender una hipótesis de la elección racional lo único que tiene que hacer es idear un ejemplo confirmatorio. Pero, al haber sido generados sin un grupo de control, los resultados no permiten determinar si éstos habrían podido ser obtenidos por cualesquiera otros motivos no relacionados con la teoría en cuestión, ni tampoco nos dice el experimento si dicha teoría haría predicciones correctas bajo otras condiciones. Así, los experimentos diseñados de esta manera no ponen a prueba, solamente ejemplifican.

ii) *Proyección de evidencias a partir de la teoría*. El afán de afirmar la amplitud de aplicación de la teoría de la elección racional produce, de tanto en tanto, una lectura sesgada del registro empírico. En ocasiones, esto se debe simplemente a que los autores imaginan que un dato es congruente con la lógica económica (por ejemplo, que el mal tiempo hace disminuir la afluencia de votantes) y suponen que dicho dato es empíricamente verificable. Otras veces, uno encuentra teóricos de la elección racional que aseveran que cierto rasgo excéntrico de un modelo es un reflejo especular de la realidad. Por ejemplo, el modelo legislativo de McKelvey y Riezman parte de la suposición de que los legisladores con antigüedad tienen más probabilidades de contar con el apoyo de los congresistas en la ronda inicial de votación, pero no en las rondas subsecuentes.⁵¹ Los autores insisten en que tal caracterización ofrece una “descripción realista del sistema de antigüedad del Congreso estadounidense”, dado que los comités influidos por legisladores con antigüedad siempre ocupan un primer lugar al momento de que se hacen las

⁵⁰ *Ibid.*, p. 102.

⁵¹ Richard D. Mc Kelvey y Peter C. Ordeshook “Rational Expectations in Elections: Some Experimental Results Based on a Multidimensional Model” en *Public Choice*, vol. 44, 1984, pp. 601-602.

propuestas, pero “una vez que los proyectos de ley pasan a los congresistas, los comités pierden la mayor parte de su poder”.⁵² Baste decir que ésa es una descripción un tanto pobre del proceso mediante el cual se propone y enmienda la ley en el Congreso.⁵³

Y aun en los casos en que los estudios empíricos se realizan con todas las de la ley, las convicciones teóricas de los autores suelen influir sobre lo que éstos infieren a partir de ciertas observaciones y sobre la forma en que reconstruyen los datos para presentarlos. Por ejemplo, aquel misterioso conjunto de votos de la Cámara para la Enmienda Powell a una disposición de 1956 que autorizaba la construcción de escuelas ha sido citado una y otra vez como evidencia de la forma en que los legisladores suelen votar en favor de una propuesta que no les gusta, con el propósito de hacer que el proyecto de ley enmendado resulte desagradable.⁵⁴ Sin embargo, un examen desapasionado del archivo histórico muestra que los hechos que rodearon a la Enmienda Powell resultan, en el mejor de los casos, ambiguos respecto al fenómeno del voto estratégico.⁵⁵ En efecto, las omisiones y distorsiones de hechos que Krehbiel y Rivers descubrieron en relatos previos sugieren que los primeros escritores fueron incapaces de aceptar aquellos datos que no coincidían con sus expectativas teóricas.⁵⁶

iii) *Restricción arbitraria del campo de aplicación.* De vez en cuando, los teóricos de la elección racional admiten que existen ciertos campos —como el de la afluencia de votantes o la acción colectiva organizada— en los cuales ninguna variante de la teoría parece funcionar. En tales casos, algunos teóricos suelen dar marcha atrás, para concentrarse en aquellas aplicaciones en las que dichas teorías tienen más éxito. Así, por ejemplo, al tratar de establecer que su hipótesis sobre la maximización de la riqueza explica la evolución de la ley penal, Posner se ve obligado a aceptar que no puede explicar la existencia de las leyes que condenan los “crímenes sin víctimas”, tales como la prostitución o el consumo de drogas.⁵⁷ Por tanto, Posner abandona este campo, sin dejar de insistir,

⁵² *Ibid.*, p. 958.

⁵³ Weingast, *op. cit.*

⁵⁴ Riker, *op. cit.*; del mismo autor, *The Art of Political Manipulation*, New Haven, Yale University Press, 1986; Arthur T. Denzau, William H. Riker y Kenneth A. Shepsle, “Farquharson and Fenno: Sophisticated Voting and Home Style”, *American Political Science Review*, núm. 79, 1985, pp. 1117-1134.

⁵⁵ Krehbiel y Rivers, *op. cit.*

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 556-560 y 574.

⁵⁷ Richard A. Posner, “An Economic Theory of the Criminal Law”, *Columbia Law Review*, núm. 85, 1985, pp. 1193-1231.

no obstante, en que la maximización de la riqueza ofrece una poderosa explicación en lo que se refiere al resto de la ley penal.

A primera vista, esta retirada podría parecer razonable e incluso un acto de modestia. Pero aquí hay mucho más en juego de lo que parece. Supongamos que un día nos enteráramos de que las manzanas rojas no caen al piso, como lo hacen otros cuerpos pesados. No nos sorprendería, entonces, que un físico declarara que, aunque la teoría de la gravedad al parecer no es aplicable a las manzanas rojas, sí sirve para explicar por qué otros objetos caen al piso y que, por tanto, a partir de ese día se limitará a estos últimos al aplicar la teoría.

Lo que llamamos una restricción arbitraria de los campos en los que una teoría parece funcionar no debe confundirse con esas otras formas no arbitrarias de restricción de campos a las que los científicos recurren con frecuencia. En primer lugar, como lo señala Moe,⁵⁸ la verificación de cualquier teoría científica implica la inclusión de cláusulas *ceteris paribus*, cuya finalidad es descartar los factores omitidos con el fin, por ejemplo, de que la comprobación correcta de la hipótesis de que objetos de diferente masa caen al piso con la misma velocidad presuponga que la resistencia del viento se mantiene constante.⁵⁹ En segundo lugar, es correcto que las teorías incluyan una descripción de lo que convencionalmente se denominan “efectos de interacción”, es decir, factores que limitan o aumentan la influencia de las variables independientes que tienen un interés teórico. De hecho, para quienes desean comprender la política e influir sobre ella, es posible que el valor de una teoría radique en que ésta contenga una clara descripción de las condiciones bajo las cuales se afirma que la misma es aplicable.

La restricción arbitraria del campo de aplicación ocurre cuando, aunque no se especifique un conjunto empíricamente verificable de condiciones limitantes, sí se establece una delimitación. En otras palabras, existe una gran diferencia entre especificar con anterioridad el campo de aplicación en virtud de las condiciones limitantes y declarar que dicho campo es “cualquiera en el que la teoría funcione”.

⁵⁸ Moe, *op. cit.*, p. 235.

⁵⁹ Es importante destacar que las cláusulas *ceteris paribus* deben referirse a factores que pudieran crear confusión, como la resistencia del viento, y cuyos efectos son, en principio, verificables. No es posible pretender que sólo cuando se satisfagan empíricamente todos los supuestos lógicos de un teorema pueden entonces derivarse las predicciones empíricas de dicho teorema.

De esta manera, el problema de la restricción arbitraria del campo de aplicación es el anverso de la tendencia a citar ejemplos confirmatorios. La segunda implica ir a la caza de fundamentos empíricos; la primera, aniquilar todo aquello que presente evidencias problemáticas. Mientras que la práctica de citar ejemplos confirmatorios produce pruebas engañosas, la restricción arbitraria del campo de aplicación hace difícil la labor de verificación. Si el campo en el que una teoría va a ser comprobada se define con base en el hecho de que la teoría funcione en él, entonces la verificación pierde todo sentido.

En nuestro ejemplo, Posner primero lleva el caso de la maximización de la riqueza tan lejos como puede y luego se escabulle. Pero el autor nunca llega a analizar una sola explicación rival ni tampoco considera necesario ofrecer aclaración alguna respecto del motivo por el cual la teoría no funciona en lo que se refiere a los crímenes sin víctimas. Para que la restricción del campo sea correcta, es necesario que la especificación del área de estudio se haga independientemente de que la teoría explique o no los fenómenos contenidos en ésta. Más aún, la propia hipótesis sobre las condiciones restrictivas de las explicaciones de la elección racional debe ser sometida a una verificación empírica. Algunos teóricos de la elección racional, como Brennan y Buchanan⁶⁰ o Satz y Ferejohn,⁶¹ han expuesto ciertas hipótesis sobre las condiciones en las cuales sería posible que las explicaciones de la elección racional sean aplicables.⁶² Sin embargo, estas recomendaciones aún no han tenido un efecto visible sobre el diseño y aplicación de los modelos de la elección racional.

IV. RESPUESTA A LAS POSIBLES CRÍTICAS

Al hacer una cuidadosa revisión de los mejores trabajos de la teoría de la elección racional se perciben en ellos diversas deficiencias. Como lo exponemos detalladamente en nuestro libro, una de éstas es la ausencia de una investigación metodológica sólida que dé sustento a hallazgos nuevos y contraintuitivos sobre política. Sin embargo, sabemos que entre los lectores dispuestos a aceptar nuestras críticas metodológicas

⁶⁰ Geoffrey Brennan y James M. Buchanan, "Voter Choice: Evaluating Political Alternatives", *American Behavioral Scientist*, núm. 28, 1984, pp. 185-201.

⁶¹ Debra Satz y John Ferejohn, "Rational Choice and Social Theory", manuscrito, Stanford University, 1993.

⁶² Véase Green y Shapiro, *op. cit.*, cap. 4.

específicas a las aplicaciones de la elección racional habrá algunos que no estén de acuerdo con el énfasis que hemos puesto en la realización de pruebas empíricas contundentes de las hipótesis de la elección racional. Es posible que debido a tal énfasis se nos acuse, con base en las filosofías de la ciencia popularizadas por Kuhn y Lakatos,⁶³ de “falsificacionistas inocentes”, seguidores de una visión positivista de la evolución de la ciencia que ya ha dejado de ser aceptada.

Los detractores del falsificacionismo inocente sostienen que no existen pruebas falsificadoras contundentes de las teorías. A menudo las teorías coexisten con anomalías empíricas durante muchos años y, más aún, nunca llegan a ser falsificadas de manera concluyente por “los hechos”, sino que son abandonadas únicamente cuando se propone una teoría diferente y más plausible. En el memorable ejemplo de Lakatos,⁶⁴ si el planeta hubiera tenido un “comportamiento equívoco”, en el sentido de que contradijera la ley de gravedad de Newton, los científicos de la era preeinsteiniiana de la física no habrían abandonado la ley. Por el contrario, los científicos newtonianos convencionales hubieran planteado la existencia de un planeta aún no descubierto cuya atracción gravitacional sería la causa de la aparente anomalía. Y si los esfuerzos por descubrir el planeta en cuestión hubieran fracasado, entonces habrían afirmado que ello se debía a que éste se hallaba oculto tras una nube de polvo cósmico o a que los instrumentos de medición eran inadecuados. La moraleja de este relato, que Lakatos documentó con muchos ejemplos de la historia de la ciencia, es que, ante evidencias anómalas, los científicos suelen hacer mil peripecias por salvar una teoría establecida, hasta que aparece una teoría alternativa. Rara vez se realizan experimentos concluyentes de falsificación y, cuando sí se hacen, por lo general no se les reconoce como tales sino hasta mucho tiempo después.

Pero, antes de refutar la acusación, quisiera destacar dos puntos. En primer lugar, la mayor parte de la bibliografía que aquí revisamos está explícitamente dedicada a la comprobación empírica de las hipótesis de la elección racional. Sería muy poco sincero realizar pruebas y luego calificar de irrelevantes para la evaluación de la veracidad de la teoría aquellos resultados que efectivamente la falsifican, en térmi-

⁶³ Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1962; Imre Lakatos, “Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes”, en Imre Lakatos y Alan Musgrave (comps.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.

⁶⁴ Lakatos, *op. cit.*, pp. 100 y 101.

nos de Lakatos.⁶⁵ En segundo lugar, dado que la gran mayoría de los trabajos de elección racional son realizados por personas que creen que es posible un genuino avance en la ciencia, éstas suelen adoptar las posturas críticas más extremas al falsificacionismo. Según Kuhn, por ejemplo, como también lo han sostenido Lakatos y muchos otros,⁶⁶ el progreso científico acumulativo es imposible dado que no existen parámetros objetivos por referencia a los cuales un paradigma pueda ser juzgado superior a otro. En suma, quienes nos acusan de falsificacionistas inocentes, en el contexto actual, deben hacerlo desde un punto de vista similar al de Lakatos, en su defensa del “falsificacionismo metodológico sofisticado”. Y es ese punto de vista desde donde respondemos.

No tenemos objeción alguna en contra de la descripción lakatosiana, pero no estamos convencidos de que ésta debilite nuestra crítica a las pruebas empíricas de la teoría de la elección racional. Obsérvese, en primer lugar, que los ejemplos que ofrece Lakatos sobre las teorías que prevalecieron pese a enfrentar anomalías particulares fueron tomados de aplicaciones de las ciencias naturales que tuvieron gran éxito.⁶⁷ La labor explicativa que las leyes de Newton aportaron a la física, antes de la revolución einsteiniana, fue muy importante. Por tanto, no es difícil comprender que los científicos intentaran explicar ciertas anomalías por medio de hipótesis auxiliares, cláusulas *ceteris paribus* y errores de los instrumentos, pues el costo de abandonar una teoría tan exitosa, por causa de tales anomalías, resultaba tremendamente alto. Y los teóricos de la elección racional tienden, en ocasiones, a considerar sus trabajos de manera similar. Así, por ejemplo, Strom afirma lo siguiente respecto de los modelos espaciales de la conducta legislativa:

Esta teoría intenta describir la tendencia general o central de la conducta legislativa y está dispuesta, como precio que debemos pagar por el avance, a ignorar los factores presentes que producen una desviación de la tendencia general. Para ilustrar qué queremos decir con esto, tomemos un ejemplo de otra área de actividad: considérese el caso de un físico al que

⁶⁵ Admitimos que no todas las aplicaciones empíricas de la teoría de la elección racional han sido concebidas como pruebas empíricas. Tanto Ferejohn (*op. cit.*) como Moe (*op. cit.*) hacen uso de evidencias ilustrativas durante el desarrollo de sus hipótesis, pero sin describirlas como pruebas.

⁶⁶ Lakatos, *op. cit.*, pp. 177-180.

⁶⁷ Este punto también se aplica a Kuhn (*op. cit.*), dado que en su descripción de la estructura de las revoluciones científicas excluyó a las ciencias sociales, por ser paradigmáticas.

se le pide que prediga el sitio exacto en el que caerá una hoja dada de un árbol. De acuerdo con la teoría de la gravedad, el físico sabe que la hoja generalmente caerá hacia abajo (la tendencia central) y, probablemente, no muy lejos del árbol al que pertenece. Sin embargo, debido a las incertidumbres con respecto a la dirección del viento y a la posibilidad de ráfagas de diversos grados de intensidad, el físico no puede predecir el sitio exacto en el que caerá la hoja. De manera similar, al desarrollar la teoría espacial de actor racional sobre la toma de decisiones legislativas, los teóricos han optado por ignorar las ráfagas de viento y concentrarse principalmente en la tendencia central de la conducta legislativa, según es determinada por las preferencias de los legisladores y las estrategias que adoptan con el fin de maximizar el logro de sus preferencias.⁶⁸

Sin embargo, esto nos lleva a preguntarnos si acaso los exponentes de los modelos de la elección racional han identificado “tendencias centrales” en la política, de manera análoga a lo que ocurre con la teoría de la gravedad de la física. Nosotros afirmamos que, en su estudio de la política, la teoría de la elección racional no cuenta con un expediente comparable de logros.⁶⁹ Por tanto, hacer analogías con los éxitos de las teorías de las ciencias físicas resulta incorrecto.

Dejando a un lado el argumento de los éxitos obtenidos, el falsificacionismo metodológico sofisticado no dispensa de la necesidad de comprobar empíricamente las teorías propuestas, sino que ofrece un criterio para evaluar hipótesis, diferente del falsificacionismo inocente de Popper.⁷⁰ Mientras que para el falsificacionismo inocente es posible aceptar como científica toda teoría que pueda ser interpretada como experimentalmente falsificable, para el falsificacionismo sofisticado una teoría es aceptable únicamente si muestra “un mayor contenido empírico corroborado con respecto a su predecesora (o rival), es decir, sólo si lleva al hallazgo de hechos nuevos”. Para el falsificacionismo sofisticado “no hay experimento, informe experimental, descripción de observaciones o hipótesis falsificadora de bajo nivel y bien corroborada que pueda llevar, por sí solo, a la falsificación. No hay falsificación si antes no ha surgido una teoría mejor”.⁷¹

⁶⁸ Strom, *op. cit.*, p. 11.

⁶⁹ Green y Shapiro, *op. cit.*

⁷⁰ Karl R. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, Lisher, 1959 y Karl R. Popper, *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1963.

⁷¹ Lakatos, *op. cit.*, pp. 116 y 119.

La mayoría de los exponentes de la teoría de la elección racional, que apelan a este argumento para explicar las fallas de la teoría, consideran que solamente es aplicable a sus detractores. Sin embargo, o éste se aplica en todos los casos o en ninguno, lo cual significa, en primer lugar, apearse a sus criterios para establecer la superioridad de los modelos de la elección racional sobre modelos anteriores o rivales. Y esto implica que los defensores de las teorías de la elección racional deben demostrar que éstas efectivamente poseen "un mayor contenido empírico corroborado" respecto a las teorías anteriores o rivales, requisito que casi nunca es cumplido.

Lakatos señala que, a menos que la nueva teoría propuesta explique tanto lo que ya había sido explicado antes, como hechos nuevos, no hay bases científicas para preferirla sobre el conjunto existente de otras teorías. Sin este requisito no sería posible distinguir los paradigmas de investigación degenerativa, en los cuales se presentan innumerables ajustes *ad hoc* para salvar una teoría mala, de los paradigmas de investigación progresiva, en los que la comprensión empírica sí progresa. Si se quiere reivindicar los modelos de la elección racional sobre las bases de Lakatos, entonces sus defensores no pueden simplemente limitarse a replantear hechos conocidos en los términos de su teoría favorita, ni tampoco es legítimo que se restrinjan a idear maneras para explicar las contradicciones y anomalías a fin de salvar su teoría. Por el contrario, deben darse a la tarea de demostrar, con casos particulares, que las teorías de la elección racional explican más que las teorías existentes o antagónicas. Pero, generalmente, los defensores de la elección racional no hacen esto; sino que se dedican a defender sus explicaciones preferidas y suficientes de hechos conocidos, haciendo caso omiso de las explicaciones rivales o de nuevas predicciones.

Una respuesta un tanto diferente de nuestra crítica consistente en acusarnos de "antiteóricos" y preguntarnos cuál es la alternativa que proponemos a la elección racional. Como sostiene Elster: "No se puede triunfar sobre algo, sin nada."⁷² "Al menos nosotros tenemos una teoría. ¿Ustedes que proponen?", es el alegato que se hace. Y si bien éste no necesita del recurso a Lakatos que antes mencionamos, ambos razonamientos se refuerzan mutuamente. La insistencia de Lakatos en que una teoría sólo puede ser desplazada por otra, y no por un error decisivo o incluso por un patrón de errores, da lugar a la idea de que

⁷² Jon Elster, "Introduction", en Jon Elster (comp.), *Rational Choice*, Nueva York, New York University Press, 1986, p. 27.

son quienes dudan de los modelos de la elección racional los que tienen la obligación de ofrecer algo mejor.⁷³

Aclaremos un primer punto: como se mencionó en la sección II, las teorías de la elección racional son a veces formuladas en una forma tan amplia, que absorben a cualesquiera otras hipótesis que puedan concebirse. En este sentido, el enfoque de la elección racional nos trae a la mente la insistencia de Jeremy Bentham en que su utilitarismo fuera aceptado como axiomático, en virtud de que cualquier otra posible fuente de motivación humana podía ser descrita en sus términos.⁷⁴ Así, independientemente de su contenido particular, si una teoría empírica es formulada de tan porosa manera, no es legítimo que sus defensores acusen a los escépticos por no proponer una alternativa.

En el curso de nuestra revisión de distintos trabajos de la elección racional, mencionamos diversas hipótesis opcionales para fenómenos políticos particulares: normativas, culturales, psicológicas e institucio-

⁷³ En ocasiones, los teóricos de la elección racional intentan establecer que su enfoque es singularmente científico, en virtud de su carácter analítico deductivo. La regularidad empírica nunca es una "prueba de validez", afirma Riker, dado que "no revela el motivo de la regularidad" (Riker, "Political Science and Rational Choice", *op. cit.*, p. 176). En este mismo sentido, Bueno de Mesquita nos advierte que "los aparentes éxitos empíricos no deben llevarnos erróneamente a creer que es posible alcanzar el conocimiento científico sin el ejercicio abstracto y riguroso de la comprobación lógica" (Bueno de Mesquita, 1985, p. 29). Y por su parte, Achen y Snidal insisten en que cualesquiera que sean los méritos de las generalizaciones empíricas, "éstas no sustituyen la elaboración de teorías; no debe confundirse entre leyes empíricas y proposiciones teóricas" (*op. cit.*, p. 168). La insistencia de estos teóricos en que demostrar la existencia de una regularidad empírica no es prueba de la validez de una explicación, es correcta. Observar una regularidad empírica e, incluso, hacer predicciones correctas con base en ella, no es algo equivalente a una explicación. Uno puede hacer una predicción correcta y carecer de una explicación sobre el motivo por el que ocurre la regularidad observada (como cuando un esquizofrénico deja de tener alucinaciones al administrársele fármacos psicotrópicos; los farmacólogos saben que el medicamento funciona y pueden predecir el resultado terapéutico, pero ignoran por qué funciona). Uno tiene una explicación única si puede describir con precisión el mecanismo causal que da lugar a la regularidad. Y si bien los teóricos de la elección racional no niegan esto, con demasiada frecuencia no alcanzan a percibir el hecho de que todas esas supuestas descripciones no son sino conjeturas y nunca es posible demostrar que son correctas. Los teoremas pueden ser demostrados; las teorías, no. Lo único que podemos saber sobre una teoría es que no ha sido falsificada, en el sentido popperiano, o que no ha sido sustituida, en el sentido de Lakatos. Para que una explicación sea aceptada como correcta en un momento dado, no es ni necesario ni suficiente que haya sido derivada de un teorema.

⁷⁴ Jeremy Bentham, *A Fragment on Government and an Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, Oxford, Basil Blackwell, 1960, pp. 124 y 125.

nales. Por tanto, la crítica que se nos hace de que no ofrecemos una teoría alternativa debe entenderse en el sentido de que no proponemos una teoría que tenga un grado semejante de generalidad o alcance. Y esto plantea la pregunta de si es razonable pensar que pueda desarrollarse una sola teoría general capaz de explicar esa gama tan amplia de fenómenos que para los teóricos de la elección racional son todos políticos. Si se concibe la política de una manera tan amplia como para que englobe fenómenos tan disímolos como la acción colectiva espontánea, la formación de coaliciones en las legislaturas, la actividad de los grupos de interés y las campañas políticas, es necesario tener mucha fe para creer que una sola teoría deductiva, como a la que aspiran McKelvey y Reizman⁷⁵ será capaz de explicar todos esos fenómenos. La búsqueda de una teoría general de la política podría ser algo similar a la búsqueda de una teoría general de los hoyos; tal vez no exista ninguna ahí fuera que esté en espera de ser descubierta.

Pero esto podría ser malinterpretado en dos sentidos. Primero, no decimos que la conducta política no esté regida por una ley; afirmar esto sería renunciar, efectivamente, a la meta de llegar a un estudio científico de la política.⁷⁶ Sin embargo, una cosa es suponer que existe una ley que rige la conducta política y otra muy distinta que todo es regido por las mismas leyes. Ciertos tipos de conductas políticas pueden ser irreductiblemente instrumentales, otras irreductiblemente expresivas, rutinarias, etc. En tal caso, no habría una razón de peso para esperar que tipos diversos de políticas sean producto de los mismos mecanismos causales. Roemer admite esto cuando exhorta a los teóricos de la elección racional a abandonar la búsqueda de explicaciones instrumentales para acciones colectivas tales como las manifestaciones o los disturbios, los cuales con frecuencia pueden ser expresiones de ira reprimida, sin propósito instrumental alguno.⁷⁷ Admitir esto no significa aceptar que tales fenómenos no pueden ser estudiados científicamente, sino sólo que tal vez sean producidos por mecanismos causales cualitativamente diferentes de aquellos que rigen la conducta instrumental.

⁷⁵ McKelvey y Reizman, *op. cit.*, p. 951.

⁷⁶ Por supuesto, podría resultar cierto que la conducta política, o algunas partes de ella, no están regidas por una ley. En tal caso, todas las teorías fracasarían. En este sentido, la política es igual que cualquier otro fenómeno que los científicos estudian. Nosotros partimos del supuesto de que actúan procesos causales uniformes, lo cual, evidentemente, podría ser un error.

⁷⁷ John E. Roemer, "Mass Action Is Not Individually Rational: Reply", *Journal of Economic Issues*, núm. 13, 1979, pp. 763-767.

En segundo lugar, no negamos que, bajo ciertas condiciones, la generalidad es deseable. Pero el punto es determinar si la generalidad en cuestión capta el proceso causal que actúa en el fenómeno político que observamos, o bien si va en detrimento de la verosimilitud. La búsqueda de un conjunto único de leyes que explique una amplia gama de fenómenos políticos, no debe cegarnos ante el hecho de que es posible que esas generalizaciones, semejantes a leyes, den cuenta de algunas dimensiones de la política, pero no de todas ellas. A lo largo de *Pathologies of Rational Choice Theory* subrayamos que la investigación empírica debe ser diseñada de tal suerte que nos mantenga alerta ante esta posibilidad. Si acaso ocurriera que leyes muy generales enfrentaran dificultades ante los datos, esto podría no tener nada que ver con la pobreza de la teoría, sino con la especial complejidad del mundo de la política.

En resumen, la acusación de que nuestra postura es antiteórica, dado que las hipótesis empíricas rivales que estudiamos no se desprenden de leyes apoyadas por teoremas, resulta, luego de un poco de análisis, más retórica que real. Y aun si los teóricos de la elección racional se guiaran por su propia retórica metodológica, sus teorías no serían sino conjeturas empíricas, que dependen del grado en que las hipótesis particulares que generan responden a las evidencias con las que se cuenta. Al analizar la teoría empírica de la elección racional, tal como ésta se conduce en la práctica, descubrimos que, por lo general, la elaboración de hipótesis va acompañada de una buena cantidad de trabajo *ad hoc* de adivinación. Como mencionamos en la sección II, esto no tiene importancia si uno es un instrumentalista al estilo de Friedman, pero, entonces, lo mismo se aplica a la acusación de que somos antiteóricos. Por otra parte, desde el punto de vista del modelo de la ley explicatoria, demostramos que las diversas manipulaciones en que incurren los teóricos de la elección racional para tratar de elaborar hipótesis empíricas útiles no resultan menos sospechosas que aquello de lo que ellos legítimamente acusan a otros.

Entre los extremos de la ley explicatoria y el instrumentalismo de Friedman se encuentra la sensata tarea de construir generalizaciones teóricas de nivel intermedio. Esta labor implica desarrollar teorías sobre las condiciones en las que ciertos tipos de explicaciones tienen probabilidades de ser superiores a otros y sobre las relaciones entre los tipos de variables, en las explicaciones multicausales. Pero, al parecer, los teóricos de la elección racional con frecuencia han despreciado esta clase de elaboración de teorías, impresionados por los enfoques que vinculan la ciencia con la deducción de hipótesis a partir de leyes

generales bien fundamentadas. Sin embargo, a falta de leyes generales sobre política, con bases empíricas, tal vez la elaboración de generalizaciones de nivel intermedio sea el único tipo viable de desarrollo de teorías.

Una última posible respuesta a nuestra crítica consistiría en decir que los criterios que hemos mencionado son excesivamente exigentes, no en el sentido aducido bajo el nombre de falsificacionismo inocente, sino en el sentido pragmático de que ninguna de las teorías opcionales que existen podría sobrevivir a ellos. Si las teorías de la elección racional no aprueban los exámenes en los que, de igual manera, el resto de las teorías sobre política fallan, ¿cuál es el mérito de demostrar su fracaso?

Concedemos parcialmente la razón en este punto. En efecto, otras teorías de alcance y rango semejante a los de la elección racional rara vez han funcionado bien en las ciencias sociales y nunca en la ciencia política. No dudamos de que si teorías tales como el marxismo, la teoría de élites, la teoría de sistemas y el funcionalismo estructural fueran sometidas al mismo tipo de escrutinio de que fue objeto la teoría de la elección racional en el presente trabajo, se demostraría que son tan vulnerables como esta última. Pero este hecho no implica, por sí solo, que los criterios sean demasiado altos. Se podría afirmar que el alcance que pretenden tener dichas teorías es también excesivamente ambicioso. Si una serie de teorías diseñadas para explicar todas las conductas e instituciones políticas falla, es dable cuestionar la sensatez de que se propongan dichas teorías, más que las definiciones de éxito y fracaso. A partir de nuestro análisis previo de diversos fenómenos políticos, no debería sorprender que ésta sea nuestra recomendación.

Cuando el estudio científico de la política se concibe de una manera menos arquitectónica, podemos descubrir algunos progresos. Tal es el caso de trabajos que se inscriben en la tradición de la teoría racional. Fiorina,⁷⁸ por ejemplo, ofrece una predicción adecuadamente verificada de que los salarios más elevados y las sesiones legislativas más prolongadas que acompañaron la "profesionalización" de las legislaturas estatales dieron por resultado un incremento en el número de representantes demócratas. Según Fiorina, antes de la profesionalización, el estrato del cual provenían los demócratas no correspondía con aquellas

⁷⁸ Morris P. Fiorina, "Divided Government in the American States: An Unintended Consequence of Legislative Professionalism", documento de trabajo, Center for American Political Studies, Harvard University, 1993.

legislaturas con bajos sueldos y tiempo parcial. Al comprobar la hipótesis de que el cambio en los incentivos provocó un cambio en la balanza de partidos contra hipótesis rivales tales como la que afirma que los liberales se sienten más atraídos hacia el gobierno a medida que el gasto de éste aumenta, los datos corroboraron la interpretación de Fiorina. Ciertamente, la hipótesis de Fiorina no es contraintuitiva; en el siglo XIX se propuso que los miembros del Parlamento recibieran un pago, pues ello ayudaría a debilitar el dominio absoluto de la aristocracia hacendaria en la Cámara de los Comunes. No obstante, Fiorina no solamente logra demostrar que la lógica de los incentivos ocupacionales opera en las legislaturas estatales, sino también permite comprender otros fenómenos, como el del gobierno dividido, que los investigadores buscaban explicar.

Otro ejemplo de trabajo con fundamentos empíricos bien estructurados es el estudio de Aldrich sobre las dinámicas de la estrategia de los candidatos durante las elecciones presidenciales primarias.⁷⁹ El análisis de Aldrich sobre las opciones estratégicas de Gerald Ford y Ronald Reagan, contendientes primarios en 1976, ofrece algunas predicciones reveladoras sobre la forma en que los candidatos manejan sus campañas. Según Aldrich, por ejemplo, los candidatos suelen competir en estados en los que creen tener un fuerte apoyo, pues se considera que los riesgos de atraer la atención de los medios de difusión y de expectativas elevadas hacia una campaña que posteriormente podría fracasar, son demasiado elevados, aun cuando esta estrategia implica renunciar a algunos distritos que de otra manera habrían podido ser ganados. Este análisis, junto con otras observaciones sobre las consecuencias estratégicas de la forma en que se selecciona a los delegados, bajo las reglas de cada estado, se verificó contra una descripción detallada de la manera en que los candidatos realmente compitieron. Así, el valor agregado de este estudio es que constituye una explicación informativa de por qué la competencia en las elecciones primarias adquiere sus características específicas, cuando se enfrentan dos candidatos en igualdad de fuerzas, análisis que se deriva de una reflexión sobre los cálculos estratégicos de actores racionales. Aquí, de nuevo, la teoría de Aldrich no pretende ser contraintuitiva, pero, en combinación con su riguroso trabajo empírico, nos ayuda a comprender mejor las políticas de campaña y sienta las bases para estudios posteriores sobre las consecuencias que se derivan de modificar las leyes electorales.

⁷⁹ Aldrich, 1980.

Tales resultados contribuyen a ampliar los conocimientos sobre política, aun cuando no presenten la grandilocuencia con que en ocasiones se anuncia la teoría de la elección racional. Este tipo de loable labor empírica existe, independientemente del hecho de que no estamos proponiendo criterios nuevos e irracionalmente exigentes para la disciplina de las ciencias políticas. Señalemos, de paso, que ninguno de estos estudios empíricos tiene teoremas tras de sí; las hipótesis en cuestión no se deducen de leyes explicatorias y no se afirma nada sobre si son generalizables a otros ambientes políticos o estratégicos. Son, en pocas palabras, similares a las formas convencionales de investigación en las ciencias sociales.

V. CONCLUSIÓN

En este trabajo, nuestro argumento central ha sido que las aplicaciones empíricas de la teoría de la elección racional se encuentran estancadas, desde la década de los sesenta, debido a un síndrome de fallas metodológicas. Este tipo de fallas difieren de los errores pedestres que a menudo se observan en las ciencias sociales empíricas y tienen su origen en la ambición de encontrar una teoría universal de la política y en la creencia de que nada inferior a esto puede aspirar a ser ciencia genuina. Nosotros dudamos de que una teoría universal de la política pueda sobrevivir a un escrutinio empírico sistemático y tal vez, en el futuro, resulte que nuestro escepticismo estaba fuera de lugar. Sin embargo, sostenemos que hasta la fecha los exponentes de la elección racional no han elaborado una teoría universal que sea empíricamente creíble. No nos sorprende que, con frecuencia, los teóricos de la elección racional que han luchado con las aplicaciones empíricas hayan finalmente abandonado sus ambiciones puramente universalistas, para volverse hacia formulaciones más sutiles y modestas. También afirmamos en este trabajo que el hecho de tomar este camino no debe ser visto como una amenaza contra las aspiraciones científicas de los teóricos de la elección racional; por el contrario, si una variante de la teoría de la elección racional nos ayuda a enriquecer nuestra comprensión de la política, resulta entonces esencial. A manera de conclusión, sería útil reiterar algunas de las modificaciones que la elección racional debe hacer a sus futuras investigaciones a fin de superar los problemas que han obstaculizado el progreso de este tipo de ciencia política.

La primera es que los teóricos de la elección racional deben resistirse al impulso de querer salvar su teoría, el cual conduce a una investigación

guiada por el método. En lugar de preguntarse: “¿cómo podría una teoría de la elección racional explicar X?”, sería más provechoso que se preguntaran: “¿qué explica X?” Esto, naturalmente, llevará a interrogantes sobre la importancia relativa de un conjunto de posibles variables explicativas. Indudablemente, el cálculo estratégico será una de ellas, pero también por lo regular habrá muchas otras, que van desde tradiciones de conducta, normas y culturas, a diferencias en la capacidad de las personas y a contingencias de las circunstancias históricas. Debe evitarse la tendencia a huir de esta complejidad y en lugar de ello construir modelos explicativos que la tomen en cuenta, aun cuando ello implique reducir el rango de aplicación. No preferimos el trabajo empírico sobre la teoría, pero los teóricos deben acercarse más a los datos a fin de que puedan desarrollar teorías de una manera empíricamente correcta.

El precepto de “acercarse a los datos” destaca la tensión existente entre la elaboración de teorías y su comprobación, en cualquier ciencia empírica. Por un lado, si las teorías no están empíricamente documentadas, ello puede dar por resultado teorías irrelevantes y una proliferación de polémicas en torno a poco más que las conjeturas teóricas que les dio lugar. Por otro lado, el desarrollo empíricamente documentado de teorías puede convertirse en una mera compostura *post hoc* de teorías. La única manera viable de resolver esta tensión es nunca darse por satisfecho con conjeturas teóricas revisadas, que se elaboran en respuesta a fallas previas de la teoría. Es dable revisar una teoría, si ésta no logra dar cuenta de las evidencias, pero la teoría revisada debe entonces ser verificada contra nuevas evidencias y así sucesivamente. En resumen, los teóricos de la elección racional deben comprender la necesidad de la comprobación empírica sistemática, durante el proceso de elaboración de teorías.

En segundo lugar, los teóricos de la elección racional tendrían que renunciar a su compromiso con el universalismo puro y al consecuente afán de desacreditar o absorber los recuentos teóricos rivales. Las hipótesis derivadas de la elección racional ganarían en agudeza si hubiera una distinción más clara entre la acción racional y otras formas de conducta, y las pruebas empíricas serían más convincentes e informativas si fueran diseñadas para verificar los límites de explicación de la elección racional. Entre otras cosas, este cambio de perspectiva alentaría a los teóricos de la elección racional a ser más audaces respecto de las condiciones bajo las cuales están dispuestos a renunciar a sus explicaciones, a la luz de las observaciones empíricas.

Desde su incursión en las ciencias políticas, el enfoque de la elección racional ha atendido a dos impulsos contradictorios: un espíritu

interdisciplinario que busca unificar las explicaciones de las ciencias sociales y una tendencia provinciana a interpretar todos los fenómenos sociales a través de la lente de la microeconomía. Así, por ejemplo, por temor a perder una señal clara, Downs rechazó explícitamente las explicaciones sociopsicológicas, a pesar del cúmulo de conocimientos existente que le indicaba ir en esa dirección:

Los estudios empíricos son casi unánimes en su conclusión de que la adaptación, en los grupos primarios, es mucho más importante para casi todos los individuos, que otros conceptos más abstractos sobre el bienestar económico o político [...] Sin embargo, debemos suponer que, en nuestro mundo, el hombre orienta su conducta principalmente hacia las segundas; de otra manera, los análisis sobre economía o política se convertirían en un mero anexo de la sociología de grupos primarios.⁸⁰

Si se dejara de ver las ciencias sociales como un campo de batalla entre perspectivas teóricas rivales, en el cual sólo una ha de prevalecer, y se le considerara como una sociedad cooperativa en la que las explicaciones se condicionan y refuerzan mutuamente, tal vez sería posible controlar las tendencias que dan lugar a una investigación metodológicamente deficiente. La pregunta: “¿vale o no la teoría de la elección racional?”, se convertiría en otra más fructífera: “¿de qué manera interactúa la racionalidad con otras facetas de la naturaleza y organización humanas para producir la política que intentamos comprender?”

Traducción de LORENA MURILLO SALDAÑA

⁸⁰ Downs, *op. cit.*, p. 8.